

JOSE RAMON MEDINA

Examen de la
Poesía Venezolana
Contemporánea

4

Caracas, mayo, 1956

Colección "Letras Venezolanas"

JOSE RAMON MEDINA

Examen de la
Poesía Venezolana
Contemporánea

4

Caracas, mayo, 1956

*La generación
del año 18.*

Un examen de la poesía venezolana contemporánea, desde una real y certera perspectiva histórica y literaria, tiene que partir necesaria y justamente de la obra realizada por el grupo de poetas que aparecen por los años cercanos a 1918 y 1920. Hay en la obra de esos poetas, ciertamente, un conjunto notable de valores líricos, al lado de una relevante actitud estética, casi con jerarquía de programa creador, que va a servir, dentro de un desarrollo natural del proceso poético venezolano, para apuntalar el nacimiento y afirmación de nuevos grupos y generaciones. Un juicio muy personal, que trato de demostrar en el presente trabajo es precisamente, el que se refiere a esa unidad poética —especie de lazo de tradición que se resuelve en vital continuidad creadora— que se manifiesta en Venezuela desde ese reconocible punto de partida que señalo —el año 18— hasta nuestros días, cuando otras inquietudes y otros rum-

bos marcan el quehacer poético de las nuevas generaciones.

Esa llamada "generación del 18", entre nosotros, ha sido, sin lugar a dudas, uno de los grupos de más larga resonancia en el ámbito de la historia poética del país. Cuando se vaya a realizar la tantas veces pedida revisión de nuestros valores —pasados y contemporáneos— se verá cómo a lo largo del ciclo creador de nuestras letras, ese grupo de escritores y poetas que surgen en las cercanías del año 18 —coincidiendo, indudablemente con los movimientos artísticos de la primera postguerra, aunque sin aprovecharlos totalmente, porque no pudieron incorporarse a sus influencias ni asimilar sus elementos de novedad, temporal en forma definitiva—, representa, tanto desde el punto de vista individual como colectivo, uno de los esfuerzos más homogéneos y más completos que ha producido la cultura literaria venezolana. Es indudable que la cohesión de sus elementos y el espíritu creador que lo animó, así como la búsqueda de un mensaje de autenticidad venezolana, que fueron virtudes fundamentales de las tareas cumplidas por sus integrantes, le conceden un amplio margen de respeto intelectual y de fecunda gestión artística, como a muy pocos de los grupos que se han producido en Venezuela.

Es indudable, por otra parte, que los hombres que amanecen a la realidad artística y política de entonces tenían que buscar un cauce de expresión para sus inquietudes humanas. Y tal cauce fue, precisamente, la empresa literaria. En el terreno de las letras,

específicamente, se condensó toda aquella pujanza juvenil, todo aquel ardoroso entusiasmo por desentrañar los principios actuantes, rectores, de la vida venezolana. No que el ambiente nacional —tan cargado de presagios pesimistas para el espíritu de la época— impusiera la necesidad de una evasión artística. Porque en el fondo, la creación literaria para aquellos hombres vino a significar no solamente el desquite de la realidad, sino, en forma directa, el planteamiento positivo —y decisivo, en ciertos casos— de las circunstancias polémicas que presentaba la existencia de la nación en aquellos años. Y estos fecundos fermentos son los mismos que, más adelante, van a concretar la acción que representó en el ámbito patrio, la también llamada "generación del 28", más política, ciertamente, en la manifestación de sus ideales, pero asimismo, nutrida por las fuerzas vitales del arte literario.

*Función del grupo
y afirmación
poética.*

De ese estupendo grupo del 18 surgieron nombres y obras que constituyen, hoy en día, fundamentos de relieve para el prestigio intelectual del país. Particularmente en lo que corresponde a la poesía fueron por demás significativas las actividades de este grupo. Allí sobresalen poetas de categoría como Fernando Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol, Jacinto Fombona Pachano, Enrique Planchart, Pedro Sotillo, Rodolfo Mo-

leiro, que forman el núcleo principal, y otros que, desde la Provincia y más tarde en la misma Caracas, se suman al grupo —estética y doctrinariamente organizado— como fueron, entre otros, Luis Barrios Cruz, autor de "Respuesta a las Piedras", y Enriqueta Arvelo Larriva, Roberto Montesinos y otros. Muchos de ellos aún viven, dando pruebas de vigor extraordinario en su producción poética. Algunos han muerto: tempranamente Mármol, recientemente Fombona Pachano, Planchart y Andrés Eloy Blanco (1).

Dudamos mucho, ciertamente, que de entonces acá se haya producido entre nosotros un grupo poético más compacto, más homogéneo, más integralmente unido en su manifestación lírica. Y sobre todo que haya podido individualizar figuras y obras de tanta significación y transcendencia para las letras venezolanas. Es evidente que aun pesando en la realidad de nuestra poesía la huella de corrientes estéticas ya declinantes, los hombres del 18 supieron enfrentarse a las exigencias del arte impuesto por los valores del tiempo y por los elementos propios de la tierra. En tales circunstancias temporales, humanas y sociales, —vitales, en última instancia—, salieron a recoger para plasmarlo en sus versos, el corazón tremendo de la patria, atormentada y misteriosa, fecunda, estremecida y prometedora, al mismo tiempo. No fue la de ellos, por eso, función de escuelas o tendencias literarias, sino tarea de aprendizaje real, de convulsa interpretación, de ardiente esfuerzo para sustentar aquel espíritu de conjunto

que generosamente los animaba. Y en esa tarea dejaron atrás los restos del modernismo que todavía imperaba en muchas partes de este continente, y tentaron otras expresiones de validez contemporánea, por lo menos para Venezuela, aunque sin participar en forma total en los movimientos revolucionarios que agitaron los ambientes artísticos del mundo después de la primera guerra, sino en muy pequeña medida y con aisladas excepciones, como la hermosa tentativa de Enrique Planchart, que nos dejó testimonio importante en una obra de singulares proyecciones, partiendo del mundo inquietante de la poesía francesa, que él llegó a conocer tan bien.

Posteriormente muchas de esas individualidades sobresalientes que indicamos participaron, a conciencia, en el examen, en el entusiasmo y en el afán positivo que movilizaron algunas de esas tendencias estéticas, cuando otras promociones venezolanas vinieron a agitar consignas modernas y a remover los fermentos de algunos movimientos líricos de vanguardia (2).

Influencias y originalidad.

Los poetas del 18 es cierto que se movieron en un amplio círculo de muy diversas influencias, pero poco a poco, con la necesaria decantación de los elementos foráneos, encontraron exacto campo para sus voces y alcanzaron a delinear con rasgos definitivos la propia personalidad. Frente al rezago del modernismo y aun del romanticismo que los alcanzó,

estos poetas intentaron esbozar un programa de acción lírica vernácula que viniera a integrar las influencias recibidas con la sustancia palpitante de la nacionalidad. De allí nació, entre otras tendencias, una cierta orientación nativa que iba a alcanzar años más tarde un auge extraordinario, con poetas de las nuevas generaciones. Eso aparte de aquella otra inquietud que los llevó a beber fecundamente en la obra de poetas españoles contemporáneos como Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Viraje y búsqueda

Hemos dicho que aun los vientos del modernismo soplaban con alguna violencia. Pero bien pronto nuevas orientaciones y tentativas encontraron eco en la inquietud literaria. Las miradas de los jóvenes se tendieron hacia otros ámbitos y latitudes: hacia el llamado alentador de la tradición española y hacia la compleja formulación de la poesía francesa que alcanzaba a América. Fue entonces, precisamente, cuando la generación del 18 definió con exactitud su ámbito y sus proyecciones (3).

Mientras Enrique Planchart daba a las prensas sus "Primeros Poemas", que asombraron por su limpia riqueza lírica y por la pureza esencial de su lenguaje, Paz Castillo, pacientemente, levantaba la estructura armoniosa de su libro "La Voz de los Cuatro Vientos", un apretado mensaje de nostalgia y desdibujada lejanía, jugando con el fuego callado de la

intimidad, muy esencial y muy dentro de una tónica estética de finas y purísimas claridades, que iba a publicar en 1930. A su lado, Andrés Eloy Blanco, siempre caudaloso, ensayaba las brillantes y sonoras imágenes de un modernismo venezolanizado, que se disputaba así la viva tradición rubeniana con la trémula y palpitante apetencia de lo típicamente nacional (aun con su carga folklórica y su tendencia hacia los ritmos populares: la copla, la décima y el romance), actitud que lo habría de llevar a encarnar la figura del poeta popular, con algo de despreocupado trovador, de elocuente versificador y fácil y espontáneo numen, lo que ha hecho de su poesía, desde entonces hasta ahora, una manifestación de abierta resonancia simpática en el corazón del pueblo, como antes lo habían sido, en sus respectivas épocas, Abigaíl Lozano y Andrés Mata.

También Luis Enrique Mármol, el joven enlutado, con el tremendo signo de la angustia palpitando en sus versos, consumió un esfuerzo particular en el grupo: su voz profunda, desgarrada, desconsolada, trajo los primeros tintes filosóficos a la poesía venezolana.

Por allí, asimismo, junto a la ya definida actuación de los nombrados, iban los más jóvenes, o los incorporados posteriormente. Jacinto Fombona Pachano, ensayaba la gracia de su verso primerizo, con acento íntimo, cuando no folklórico; Rodolfo Moleiro, comenzaba a integrar el redondo y esbelto misterio de su palabra. Y así los otros: Barrios Cruz, Pedro Sotillo, Héctor Cuenca (4).

II

Ojeada retrospectiva.

Más allá del año 18, el marco de la poesía venezolana desborda los límites convencionales de movimientos y generaciones propiamente dichos y sus momentos estelares pueden ser aislados solamente a través de determinadas figuras y poéticas individuales. Sin embargo, ciertas tendencias muy particulares —algunas como reflejos o ecos de universales escuelas; otras, consustanciadas con nuestra propia realidad— aparecen y se desarrollan en un lapso que pudiéramos muy bien hacer partir de 1860 hasta 1910. Hasta los límites mismos de 1918 —como hemos apuntado— llega el aliento, casi épico, del modernismo americano. Pero entre nosotros el modernismo adquirió su mayor significación, su eficacia más cimera, en el ámbito de la prosa. Sin embargo, no dejaron de manifestarse poetas modernistas de singular prestancia junto a los prosistas. Un Alfredo Arvelo Larriva o un José Tadeo Arreaza Calatrava, podrían representar en Venezuela a este movimiento, con acierto y señorío.

Un poco más atrás, dudando entre el deslumbrante fuego nuevo y los ecos todavía no del todo apagados del romanticismo, escribían Víctor Racamonde y Carlos Borges. Y posteriores, casi en la misma línea, el tibio vuelo lírico de Juan Santaella, la virgiliana claridad campesina de Sergio Medina, sumido en el mágico deslumbramiento de los valles aragüeños, el dulce trémolo de la voz nativa de Buznego Martínez, tejiendo también la fresca resonancia de su verso en el apartamiento provinciano, la tibia serenidad, casi eglógica de Alejandro Carías, y la angustiada y tremenda carne martirizada de nuestro poeta lázaro, Cruz Salmerón Acosta. . .

Un poeta singular
Lazo Martí.

Pero antes de que ese aliento modernista se transformara en arrebatado trémolo poético, Venezuela había dado un poeta de singular categoría: Francisco Lazo Martí. Con Lazo Martí, se funda entre nosotros, en lo que a poesía se refiere, el verdadero movimiento nativista. Y él y su obra representan una especie de puente espiritual entre la hazaña primera de Don Andrés Bello, con su "Silva", canto de exaltación a la naturaleza americana, y lo que los poetas venezolanos realizarán más tarde por los alrededores del año 30 y siguientes, recogiendo otra vez el tema nativo, pero en esta ocasión dentro del ritmo y el aire de los metros populares de la décima y

la copla o en el cortado aliento del verso libre que estrenaron los anuncios vanguardistas entre nosotros.

Pero mucho más atrás se nos presenta, casi inmediatamente anterior, el "parnasianismo" que fue tendencia de muy pocos cultores, de frágil arraigo en el país, en realidad, aunque tuvo su paladín y abanderado en la voz de Gabriel Muñoz, el más significativo de los poetas venezolanos cobijados bajo ese lejano eco francés. Jacinto Gutiérrez Coll, que venía del romanticismo, y Pimentel Coronel, fueron voces, también, del coro parnasiano. Y Andrés Mata apuntó en sus comienzos como un depurado adepto de ese movimiento (su libro "Pentélicas" es un testimonio inapreciable en ese sentido), aunque, como todos sabemos, su expresión entera, si se quiere, germina y madura, en sus "Arias Sentimentales" y otros poemas posteriores, que responden con precisa realidad al ámbito romántico.

Pero si el parnasianismo es límite que mira de una vez hacia el nativismo y hacia el modernismo que romperá en breve, asimismo es término que señala la reacción cronológica contra el romanticismo venezolano que lo precede. Nuestro romanticismo hay que verlo, precisamente, en dos etapas suficientemente caracterizadas: la primera la encabezan dos nombres definitivamente populares para la época: José Antonio Maitín y Abigail Lozano. La segunda etapa romántica, más afirmativa, contará con esa figura casi legendaria, pero humanísima, de Juan Antonio Pérez Bonalde.

III

Deslinde de actualidad.

Resuelta esta perspectiva sumaria de la poesía venezolana del pasado, sólo a manera de esquema progresivo, se entiende, y sin ánimo alguno de juicio crítico o histórico, estamos en posición adecuada para intentar el enfoque del panorama actual de nuestra lírica. El observador menos sagaz ha de observar inmediatamente en él un conjunto de voces, expresiones y tendencias de rica y a la vez compleja modulación. Ello obedece, principalmente, al hecho de que a la altura de nuestros días, coinciden representantes de las más diversas generaciones en el plano poético nacional. Así, concretamente, al lado de los magníficos poetas surgidos al calor de aquel grupo del año 18, aparecen figuras características del año 30 y del 36 (etapa del llamado "vanguardismo", el primero, y correspondiente al "Grupo Viernes", el último), los cuales manifiestan, excepcionalmente, una gran actividad creadora, que se confunde con el aliento renovador y hasta cierto punto revo-

lucionario, de las nuevas voces de la lírica nacional que han surgido a partir del año 40 para acá.

Esta especie de ruptura de los límites convencionales en que cronológicamente, y de manera general, se encuadra el quehacer poético venezolano —más por facilidad didáctica o metodológica, que por verdadera integración de generaciones, grupos o escuelas,— lejos de obscurecer la perspectiva vital de nuestra poesía, sirve, al contrario, para despertar en quienes convivimos en el diario afán de la creación, la necesidad irrenunciable de trazar las coordenadas que sirvan, para plantear las posibles relaciones y diferencias que entrelazan o alejan a los grupos o figuras aisladas que integran el hoy pujante mundo de la poesía venezolana.

Un punto de partida.

Ya lo hemos señalado con suficiente claridad en las primeras páginas de este ensayo: punto de partida para la caracterización del panorama actual de nuestra lírica, es el movimiento de genuina renovación que marca entre nosotros la "generación del año 18". Es precisamente con ese nutrido y valioso grupo de poetas con el que se rompe la inefable tranquilidad de las referencias cronológicas, pues con ellos, muchos alentados por el afán de la novedad y la necesidad del cambio, se inicia no tanto un brusco rompimiento con la impregnación modernista de los años inmedia-

tamente anteriores (muchos se habían forjado, precisamente, al calor del modernismo), sino, principalmente, una intensa y luminosa hazaña que está representada en la inquietante y prolongada búsqueda de nuevos rumbos, hasta el punto de que les corresponde el legítimo esfuerzo de haber abierto cauce a las más diversas expresiones de la poética nacional y de haber ganado, asimismo, campo de fructífera iniciación a las complejas experiencias estéticas de la época, y de las que posteriormente aparecieron en el vasto campo de la lírica universal.

El transcurso del tiempo habría de colocar en su justo valer la aventura de los poetas del 18, cuyo ciclo lírico, afortunadamente, aún se manifiesta en autores de gran actividad creadora. Esta generación, por lo tanto, representa el antecedente más lejano y reconocible de la actual poesía venezolana, en todos sus órdenes, y demuestra la extraordinaria fuerza que alimentó en sus comienzos, el hecho mismo de su supervivencia.

Poesía como proceso.

Considerando a la poesía como un cuerpo vivo y continuo, que se desplaza a través del tiempo, entre afirmaciones constantes, es lógico y natural pensarla como un vasto y resonante proceso, capaz, por eso mismo, de enriquecimiento permanente. Poesía como proceso es una fórmula pedagógica que sirve para explicar, desde cualquier punto de vista, el desarrollo de una poética en particular. Y si

tal lo es en cuanto atañe a lo personal, igualmente puede afirmarse que el concepto tiene vigencia en lo que se refiere, también, específicamente, a la formulación general de una literatura dada, en un país dado. Por eso, nada de extraordinario tiene que partiendo del amplio esquema histórico que cronológicamente determina el movimiento de la poesía venezolana en el pasado, nos detengamos un momento en la trascendencia de sus contenidos, sobre todo en aquellos que transpararon vitalmente las fronteras de sus épocas, para tomarlos como puntos de comparación —y de sustentación creadora— frente a las nuevas corrientes líricas que determinan su perfil en los días que corren.

Desde ese punto de vista que queremos considerar riguroso, —aun en su más estricto contenido estético, y casi con fuerza de doctrina—, es lógico y justo pensar que los poetas venezolanos de nuestro tiempo no vienen a ser, con todas las reservas que el hecho pueda presentar, sino herederos de aquello que hicieron y dejaron a su paso fecundo los poetas de las generaciones que han precedido a las presentes.

Naturalmente que sobre esa herencia positiva se insertan las corrientes, las tentativas, los ecos, las influencias y las conquistas que en la poesía se verifican en otras latitudes. Porque esa ha sido otra de las características de la literatura venezolana en todos los tiempos: su permeabilidad al esfuerzo foráneo y su capacidad de impregnación y acercamiento a las novedades estéticas que de cuando en

cuando sacuden el mundo de la creación en todas partes.

En el caso venezolano concreto, es necesario afirmar, por todo lo que dejamos dicho, que existe realmente, "un pasado poético nacional", pero no como herencia muerta, sino como cosa viva, dinámica, susceptible de enriquecimiento positivo en contacto con otras poéticas contemporáneas.

Tres puntos de contacto.

Colocados, pues, frente a esa realidad podemos adelantar con toda precisión que la poesía que se hace hoy en día entre nosotros tiene tres puntos de contacto fundamentales, descartando unos orígenes demasiado lejanos y otras tentativas, generales y particulares.

El primero de esos tres puntos de contacto—dentro de un amplio concepto de contemporaneidad—arranca de la propia "generación del 18", según hemos apuntado.

El segundo se realiza, propiamente, con la gente del 28 ó del 30, entusiasmados en gran parte con aquella corriente poética que se llamó el "vanguardismo", especie de inyección de vitalidad para nuestra lírica de entonces, desguarnecida prácticamente en cuanto a vivencias de carácter colectivo (5).

Con los poetas del 28 y del 30 se acercan a nuestra poesía, voces americanas de tremenda significación, como la de Pablo Neruda y de César Vallejo, por ejemplo, y se insinúan líricas de tan altas características como las de García Lorca, Alberti, Guillén y Gerardo Diego.

Pero no hubo en aquel tiempo ni posteriormente de parte de ellos, aunque estudiados y admirados largamente, ninguna influencia determinante en nuestra poesía. Si acaso, alguna circunstancial resonancia de ellos ha sido aprovechada, como es natural que suceda en cosa tan compleja como los procesos poéticos.

Y el tercero y último punto de contacto se realiza con el "Grupo Viernes", cuya fecha de nacimiento y afirmación estética se realiza por los alrededores del año 36. Es decir, con el impulso positivo que aportaron —en sentido revolucionario— los poetas de ese grupo.

Ahora bien, sobre esa "razón poética del pasado", o mejor, sobre esa experiencia creadora de la poesía venezolana, se manifiestan las tendencias que vienen de fuera, tanto americanas como europeas.

La mirada hacia afuera.

Por otra parte, la poesía venezolana de los últimos años, se va incorporando con un impulso positivo a ese esfuerzo renovador que domina a todo lo largo y ancho del ámbito poético universal. Así, como tendencia nueva, la poesía vernácula se integra a un gran movimiento estético que ha venido a llenar toda la escena del arte contemporáneo.

Pero insistimos —como ya hemos dejado anotado al comienzo de este trabajo— que en la actualidad, en esta compleja y afirmativa etapa de la poesía venezolana, se entrelazan y manifiestan, fecundamente, sin apa-

rentes contradicciones ni contraposiciones notables, representantes de diversas promociones y generaciones líricas.

Del 18 al 30.

Están, por ejemplo, de una parte, la magnífica obra de Jacinto Fombona Pachano, poeta recientemente desaparecido y una de las personalidades líricas más sobresalientes en toda la historia literaria de Venezuela; la extraordinaria calidad poética, renovada a cada instante, de Rodolfo Moleiro, poeta de actualísimo acento, audaz en la imagen y acendrado en la expresión, que recoge mucha savia palpitante en la sutilísima claridad de su verso que se debe, sin embarco, a un cerrado mundo, poblado de símbolos urgentes; también el recogido aliento romántico de Fernando Paz Castillo, de obra pulcra, no muy densa, pero sí virtuosa, en la música quedada de nostálgicas enunciaciones temporales: poesía muy personal, que aparece nutrida en cultas y diversas lecturas, pero, también, muy dentro de las manifestaciones de un hombre que ha sabido responder correctamente a su tiempo y a sus inquietudes; Andrés Eloy Blanco, característico, rico de fuerza expresiva, girando entre imágenes de plástico movimiento, con hondo empuje romántico bien ganado para la expresión de nuevas experiencias y tan cercano al lenguaje de populares resonancias. A su lado marcha la suave curva lírica de Enrique Planchart con su carga de toque simbolista, bien apretada en la móvil estructura de un mensaje original y bien distinto a los

de sus otros compañeros de grupo. Y otros, como Luis Barrios Cruz, con justicia colocado en plano de magisterio nativista, con recia y franca claridad de voz, que resuena con natural señorío, y Pedro Sotillo, humano y cordial, campechano y lírico, cobijado a la sombra de municipales signos o erguido —en altivez franca— ante el desnudo paisaje de sus llanos. Y Héctor Cuenca entre otros también de inquieto pulso lírico, buscando continuamente en el calor de la palabra la verdad de la poesía nueva. Todos ellos, como hemos dicho, son hombres de la llamada "generación del 18" (6).

Y de los grupos posteriores, en lo que corresponde a la época del 28 y del 30 se nos aparecen, de una parte, la áspera voz americana —y venezolana, en última instancia— de Antonio Arráiz, y de la otra, el sentido social y la emocionada expresión de Miguel Otero Silva. La primera que fue voz violenta, de recio y saludable impulso para su tiempo, y la segunda firme himno del canto colectivo, que llegó, inclusive, a la utilización del ritmo y de los elementos populares, expresando, al propio tiempo, un contenido y poderoso lirismo alimentado en ese fondo permanente de la intimidad del hombre. Asimismo se nos presenta el aliento nativista de esa notable voz de la vanguardia que representó Julio Morales Lara y otras figuras de audaz iniciativa lírica, algunos detenidos en su impulso por la muerte como Luis Castro, Pío Tamayo y otros arrastrados por distinta vocación literaria, como el caso de Joaquín Gabaldón Márquez.

Los poetas del 28, aquellos que tuvieron la fortuna de afirmar el mensaje expresivo de la vocación y aun los que se quedaron, infortunadamente, en el puro fuego de la tentativa, llenaron una época de briosa significación en el cuadro renovador de la poesía venezolana. El aliento renovador que marcó el destino de la "vanguardia" entre nosotros, tuvo, a mi entender, una doble función. Por una parte recogió el signo universalista que la gente del 18 había elevado a principio fundamental de la creación —en el sentido de su impregnación foránea—, y por la otra, conjugando la esencia y los valores de los temas autóctonos con aquella otra tendencia, adelantó certeros postulados en cuanto a la libertad formal de la expresión lírica, lo que hizo del verso un flexible instrumento de comunicación directa, lleno de vida y experiencia, poblado de imágenes y metáforas cargadas de sustancialidad histórica, no desdeñando recoger la temática social como base de aquella audaz y hasta casi deportiva acción poética. No es, por eso, aventurado el juicio que trata de ver en la "vanguardia" el justo puente que une la obra de la generación del 18 con la poesía realizada más tarde por las nuevas promociones que se suceden en Venezuela del 30 en adelante hasta nuestros días.

El "Grupo Viernes".

Del 36 en adelante el "Grupo Viernes", que vino a ser, en realidad, un punto de confluencia para representantes de diversas promocio-

nes y grupos anteriores, recoge aún nombres de elocuente significación. Angel Miguel Quereñel, recién llegado de España, donde estuvo en contacto con los más importantes movimientos líricos de la Península, desarrollados allí del 20 en adelante, figura entre los principales animadores de Viernes e inclusive muchos lo consideran con rango de fundador. Su poesía, impregnada de creciente novedad, ligaba ciertamente los contenidos revolucionarios de nuestra "vanguardia" con la tendencia hacia la integración universal del movimiento poético venezolano que ellos representaban. Su muerte, sin embargo, restó posibilidades de desarrollo a lo que prometía ser un amplio curso creador (7). Del mismo modo allí aparece con estimable signo la figura de Luis Fernando Alvarez, quien cronológicamente debería inscribirse en la generación del 18, pero cuya obra corresponde por ejecución, temática, expresión y desarrollo, al ámbito de Viernes según lo comprueban sus libros "Va y Ven", "Portafolio del navío desmantelado", "Vísperas de la Muerte" y "Soledad Contigo" (8). Pablo Rojas Guardia, que venía con el fervor recogido en aquellas entusiastas jornadas del 28, también se incorporó activamente a la gente del 36 y en este grupo destacó con nota personal perceptible en toda su obra poética. José Ramón Heredia, el autor de libros de significación como "Los Espejos del más allá", "Gong en el tiempo" y "Maravillado cosmos", con un registro temático amplio y diverso, a la par que dueño de una expresión vigorosa y de verso de larga

andadura, junto con Pascual Venegas Filardo, Oscar Rojas Jiménez, José Miguel Ferrer y aun el mismo Rafael Olivares Figueroa, —incorporado al grupo a su regreso a Venezuela, después de haber permanecido algunos años en España—, estuvieron en la línea de más fervorosa militancia viernista (9). Entre los más jóvenes se distinguieron entonces y han corroborado luego su destino con obra de relieve, Vicente Gerbasi, poeta cuyo nombre ha alcanzado en los últimos tiempos magisterio excepcional en libros definitivos como "Mi padre, el inmigrante", "Los Espacios Cálidos" y "Tirano de Sangre y Fuego", colocándose en tal virtud en la primera fila de nuestra poesía, en un constante y renovado proceso de madurez lírica, y Otto de Sola, el celebrado autor del poemario "De la Soledad y las Visiones", vigilante incansable de una vocación que los años han fortalecido con elementos valiosos.

Por entre toda esa línea de poetas, coetáneos con ellos, pero sin ubicación precisa de grupo, con una expresión lírica distinta cada uno, practicantes de modalidades muy personales, hay que señalar figuras de la más alta jerarquía. Manuel Felipe Rugeles, cuyo anuncio poético estuvo en un fresco poemario de acento nativista, "Cántaro", publicado en 1937, destaca con personalidad que se afirma en un sostenido y ascendente trabajo que está señalado por otros poemarios como "Aldea en la Niebla" (1944), "Puerta del Cielo" (1944-45), "Memorias de la Tierra" (1946-48), "Canta, Pirulero" (1950), "Antología

Poética" (1952) y "Cantos de Sur y Norte" (1954). A la nota nativista de su primera época agrega incesantemente expresiones de varia y distinta modulación lírica, enriqueciendo su temática con signos de real significación literaria, que han hecho de su poesía, en el fecundo ciclo que la integra, un todo luminoso y franco, tierno, místico e infantil, resonantemente humana siempre, impregnando el verso de un profundo latido nacional que lo coloca entre el grupo de autores de más definido rango venezolanista, en cuanto a la expresión. En el año 1955 su último libro, "Cantos de Sur y Norte", sirvió para conferirle el Premio Nacional de Literatura, correspondiente al bienio 1953-54, digno remate de su estupenda labor literaria. Otro poeta de bien ganado prestigio nacional que aparece también por aquella época, distanciado de la corriente dominante, es Héctor Guillermo Villalobos, representante de esa limpia tendencia neorromántica que en nuestro país ha subsistido, a través de escuelas y movimientos, como un persistente río de sosegado cauce lírico, aprovechándose de las conquistas estéticas que han nutrido nuestra poesía. "Agua y Cauce", "Jagüey" y "En soledad y en vela", los tres libros fundamentales de Villalobos, destacan por su registro humano, por su claridad terrena, de amorosa instancia que no rehuye el aliento nativista ni el suave soplo familiar de los recuerdos del pueblo y de la infancia.

Otro nombre de singular significación dentro de esta misma perspectiva es Alberto Ar-

velo Torrealba, el más notable de los cultores del nuevo nativismo venezolano, cuyo libro "Cantas" (1942), primero, y "Glosas al Cancionero" (1940), más tarde, constituyeron una insospechada revelación de temas y motivos propios de nuestros llanos, dándole categoría estética a la copla y a la décima popular y rescatando nobles materiales de nuestro folklore para la función culta de la poesía. En otra dirección también se hacen presente en el panorama lírico de ese tiempo Miguel Ramón Utrera, poeta de la provincia venezolana, notable voz de nuestro lirismo, con su nostálgica y memoriosa fresca campesina desprendida de aquella realidad incontaminada que le presta su apartamiento pueblerino en San Sebastián de los Reyes; Manuel Rodríguez Cárdenas, cultor de una poesía terrígena, en cuanto al hombre y su mundo venezolano, quien publica su primer libro, "Tambor", en 1937, adhiriendo a aquel aliento negroide que por entonces consumió una seria tentativa de la poesía americana de lengua española, principalmente en las Antillas; y Luis Beltrán Guerrero, fiel a los cánones clásicos que respeta, ennoblece y actualiza, autor de "Secretos en Fuga", que señala definitivamente el ámbito de su poesía (10).

Después del 36.

Después del 36 aparecen y se afirman poéticamente, también, dos figuras de relieve, cuyas obras se cuentan entre lo más significativo de los últimos tiempos, cada uno co-

locado, sin embargo, en posiciones creadoras y estéticas distintas. Ellos son Juan Liscano, quien conduce un vigoroso mensaje sustentado en valores vernáculos de trascendencia, real y humana, y a quien respalda un libro de tanta densidad lírica como "Humano Destino", y Carlos Augusto León, al principio fiel a la expresión social de la poesía, pero que luego ha evolucionado hacia un verso más contenido e íntimo, pleno de sencillez, espontaneidad y ternura. Ambos han sido galardonados con el "Premio Nacional de Poesía" y son dos de los poetas que más se acercan al nuevo giro que han impuesto las últimas promociones poéticas del país.

Poesía femenina.

En el sector de la poesía femenina también concurren voces de distintas épocas y distintas tonalidades. Todavía se escucha el eco armonioso y cálido de doña Luisa del Valle Silva, junto a la recia y desnuda claridad del lenguaje de Enriqueta Arvelo Larriva, esa extraordinaria mujer de los llanos barinenses, dueña de un lenguaje de densa significación lírica como pocas veces es dado encontrar en nuestros poetas, o frente al mundo espejeante y clamoroso que guardan los libros de Luz Machado de Arnao, uno de los nombres que desenvuelve su órbita creadora en los últimos quince años. A esas figuras hay que agregar, con pleno derecho, los nombres de Ana Mercedes Pérez, que en años recientes ha publicado un excelente libro en Buenos

Aires, "Cielo Derrumbado", Pálmenes Yarza, poetisa de acusada sensibilidad y de equilibrio clásico en su expresión, Ana Enriqueta Terán, que con sus libros "Al Norte de la Sangre" (1946), "Verdor Secreto" (1949) y "Presencia Terrena" (1949), ha conquistado sitio de singular brillo en nuestra poesía, Ida Gramcko la autora de "Poemas", libro de positiva transcendencia en la historia de las letras venezolanas, y Jean Aristeguieta, una de las vocaciones más seguras y fecundas de la lírica actual, con una bibliografía que alcanza ya los 23 títulos; estas últimas dentro del cuadro de las promociones que se anuncian a partir de 1940. Nombres más recientes y prometedores, son Morita Carrillo y Beatriz Mendoza Sagarzazu de Pastori, quienes han dado ya pruebas de un gran poder expresivo, sobre todo en el difícil género de la poesía para niños.

Ahora, concretamente refiriéndonos a las promociones, grupos o generaciones de los últimos tiempos, necesariamente tenemos que partir del año 40.

IV

Los poetas del 40 y del 45.

Desde el punto de vista cronológico el año 40 es bueno para iniciar el balance de nuestra última poesía. Ese año se hace presente en la literatura nacional un conjunto de escritores y poetas que, aun cuando no formaban filas en un grupo o generación, estructuralmente organizados, con programa, propósitos e ideas estéticas plenamente definidas, llegaban, sin embargo, con saludable empuje que quería ser de renovación, de transformación y de combate. Esta promoción, de características dispersas, sin cohesión ni unidad programática, pero unidos por el afán de la búsqueda y de la novedad estética, tuvo su mayor importancia y relieve en el sector poético. A sus integrantes iniciales se agregan cinco años más tarde otro grupo de poetas y prosistas, realmente colocados bajo la acción de principios literarios orgánicamente fundamentales, que encarnan desde entonces hasta acá, una de las manifestaciones verdadera-

mente elocuentes de las letras nacionales en las últimas décadas.

Aquella primera promoción, de 1940, y esta otra, de 1945, se distinguieron, entre otros caracteres de singular importancia, por la formación universitaria de sus más calificados representantes y por el sentido universalista que imprimieron a sus obras, respondiendo, de tal manera, a planteamientos y categorías de una cultura que aceptaba y defendía, como primordiales, los valores humanos. El localismo que antaño pudo florecer en una muy larga trayectoria de nuestras letras, el sabor de lo nativo en su exclusiva función de querencioso parroquialismo y una temática, en su mayor parte alegremente anacrónica —hecha de ecos y resonancias tardías en nuestro medio— dieron paso, con los nuevos poetas, a una actitud y a un mensaje de más compleja realidad y de más abierto y alto vuelo de creación. Se cerraba, así, un largo ciclo poético que poco se había lanzado a la conquista de nuevas doctrinas estéticas universales —salvo la tentativa de "Viernes" y el esfuerzo lejano de los poetas del 18— y se abría un período de perspectivas valiosas, a las cuales nos debemos todavía, en mayor o menor dependencia todos los escritores y poetas que asomamos a la vida literaria por esos tiempos.

Insurgencia y afirmación.

Claro está —con el sentido de "tradición" que anteriormente hemos acordado a nuestra

lírca— que los nuevos poetas llegaban a remover —y a aprovechar, con signo positivo— todo lo que, desde el año 36 en adelante —fecha fundamental en nuestra historia poética y aun en toda nuestra literatura— llegaron a ser fundamentos de toda una nueva actitud poética, beligerante y audaz, con el "Grupo Viernes". Sobre los esfuerzos de los poetas de este grupo, asistidos por un innegable poder de asimilación, vinieron a hacerse patentes y objetivas las nuevas tendencias de nuestra lírica que apuntan en 1940 y se desarrollan, a partir de allí, en el transcurso de una década completa, que puede considerarse, sin exageración, una de las experiencias más brillantes en toda nuestra historia literaria.

Balance Viernista.

La experiencia de "Viernes", con todo lo positivo que la tarea del grupo tuvo para la poesía venezolana, presenta a los ojos de nuestros días, bajo un examen riguroso y desapasionado, ciertos rasgos de heterogénea manifestación, que ha servido para que críticos adversos a su labor nieguen o disminuyan su importante significación.

En efecto, la revaloración del surrealismo —movimiento nuevo para nosotros hasta esa fecha, por lo menos en vigencia creadora, pero ya de larga trayectoria en otras latitudes, principalmente en Europa— tratando de conjugarlo con el impulso que nace de la intransferible realidad venezolana, o la actuali-

dad que quiso dársele al creacionismo (en realidad el *huidobrismo* llegó a tocar, inclusive, cierta zona de la poesía nueva del 40 en adelante), así como la agresiva posición de no "parecerse" en nada a los poetas de nuestra "vanguardia" del 30 (hecho a conciencia, con premeditada, y aun con justificada intención), y ni siquiera a aquellos poetas que retomaban la esencia de la tradición clásica española, ni a los otros que con acierto encomiable explotaban la temática nativista, todo eso, en su conjunto, lejos de obedecer a exigencias unitarias y homogéneas, llegó a crear una atmósfera de confusión de valores líricos que sólo una perspectiva literaria, pedagógicamente amplia puede deslindar (Naturalmente, con posterioridad a la etapa de fermentación que vivió el grupo, y en nuestros años, la mayoría de sus poetas, con el tiempo pasado, han rectificado la posición inicial, y sus últimos libros responden a un verdadero equilibrio poético, con notas personales importantes). Mucho se ha hablado y se continúa hablando de "Viernes". Ese mismo hecho revela la significación que se le concede en nuestra poesía. Por nuestra parte pensamos que efectivamente "Viernes" cumplió, en su tiempo, una meritoria empresa literaria que es necesario y justiciero destacar y valorar. Sus esfuerzos y tentativas, como obra de conjunto, abrieron, en una u otra forma, nuevas perspectivas para la poesía venezolana, cancelaron aquel tímido pronunciamiento nacional de la lírica vernácula y quisieron reconciliar su actitud con determi-

nadas fórmulas poéticas nuevas entre nosotros (11).

La reacción contra "Viernes".

Contra "Viernes", aunque respetando su posición y sus aportaciones, insurgieron abiertamente los nuevos poetas venezolanos de 1940. En primer término, contra la desatada vigencia de los elementos oníricos, que pasó de sincera y comprometida exigencia creadora, a tópica manifestación, insustancial y genérica en muchos casos. Algo también hubo contra el desbarajuste del "versolibrismo", tomando a éste como fórmula de expresión, sin correspondencia alguna con las internas estructuras poéticas, funcionales y esenciales. Así, un cierto rigor métrico (el soneto y la lira, principalmente) comenzó a manifestarse en la expresión poemática de entonces y los ojos se volvieron insistentemente —aun cuando plantados los poetas sobre las recientes conquistas estéticas y en conocimiento y relación con grupos de novísima expectativa poética en otras partes— hacia las fuentes poderosas de la poesía castellana, la tradicional y la nueva, y los temas de la vieja resonancia se unieron a los de la nueva, y la antigua estructura cobró la fuerza y agilidad que las corrientes de los tiempos contemporáneos acertaban en su densidad polémica.

Desde entonces se inicia en el panorama poético nacional un viraje extraordinario que lleva a hacer figurar nuestra poesía emparentada con las más modernas tendencias,

americanas y europeas, y a sobresalir, con fecunda claridad, en el campo de las poéticas hispanoamericanas de nuestro tiempo. Y cosa también de señalar es que muchos de los poetas anteriores a 1940, se han asimilado, en una u otra forma, a esas experiencias y modalidades que llegan y se afirman en los últimos años, pudiéndose observar concretamente en muchos casos las transformaciones positivas que ha experimentado la mayoría de ellos y las respuestas que han dado al curso de esas tendencias que los nuevos han impuesto como razón de vida y de cultura.

Libros y poemas dispersos dan testimonio elocuente de esta realidad que, por lo demás, no es única en la historia de las letras en lengua española.

El cambio necesario.

Por eso, a partir de 1940, tomando en cuenta el proceso polémico que se opera en nuestra poesía desde 1918 en adelante, un nuevo concepto poético, un amplio debate lírico de positivas resonancias creadoras y de fundamentales consignas de renovación, comienza a tomar cuerpo y a desarrollarse con notable vigor hasta alcanzar madurez y plenitud que llega hasta nuestros días y que, como hemos dicho, interfiere e influye de manera extraordinaria en la labor que aún cumplen en nuestras letras poetas de otras promociones.

El rigor nuevo.

El rigor nuevo ante el fenómeno de la creación, la responsabilidad vital de la vocación y la disciplinada actitud que no se pierde en inútiles divagaciones, sino que enfila sus propósitos hacia una búsqueda intensa de la verdad estética, como hecho literario y humano, comienzan a ser reglas de extremada vigencia en la poesía venezolana. El poeta deja de ser un intuitivo puro, un creador al azar, para constituirse en un disciplinado y metódico intelectual que somete sus instancias vocacionales a un arduo, paciente ejercicio lírico. Lo que sirve para que la obra que se logra de entonces acá, sea, exactamente, el resultado limpio y fresco, renovador y entusiasta, de un planteamiento estético ceñido a razones de extremada vigilancia humana y literaria.

El florecer literario de años atrás que convirtió ciertas imágenes y expresiones en gastados lugares comunes, que utilizó la influencia surrealista la mayoría de las veces en respuesta romántica (de nuestro tiempo, pero romántica) a las personales —y por eso limitadas— exigencias del hombre, ser aislado, sin historia colectiva; que hizo del lenguaje un caótico y hermético instrumento de expresión, diríamos, sin orden, exuberante instrumento que resonaba a puro esfuerzo temático de maquinales revelaciones, y que hizo del versolibrismo también, en algunos aspectos, una fórmula casi rutinaria y sin jugo vital que defendiera su genuino impulso, como

cuando responde a cerrado ejercicio de vivencial esfuerzo, fue definitivamente enterrado bajo el brillante giro de un idioma poblado de gráciles y a la vez profundas realidades que tenían como centro al hombre mismo, inmerso en su mundo y responsable de su tiempo. Y todo eso junto con el redescubrimiento del sabio encantamiento de las antiguas fórmulas del verso, nutridas por las honradas razones del arte nuevo, por las modernas y más significativas corrientes que entonces comienzan a penetrar vitalmente nuestra lírica. El varonil entusiasmo aún pervive y nuestros poetas —los más recientes— se sienten comprometidos y solidarios con la aventura literaria que entrañan esas tentativas extraordinariamente fecundas.

*La razón esencial
del hombre.*

Todos los poetas que aparecen en Venezuela en los últimos 15 años, se mueven dentro de una corriente literaria plenamente definida que busca ante todo la razón esencial del hombre como el primer protagonista de la poesía, dando a su lenguaje un vigor de claridad clásica —en intención y en expresión—, asumiendo, por eso, una posición eminentemente contraria al hermetismo, que fue dinámica de muy buena parte de las tendencias anteriores.

El caudaloso empuje de la poesía venezolana del 40 en adelante es, por eso, un hecho indiscutible que asegura la extraordinaria

resonancia que las obras de muchos de nuestros poetas adquieren en el exterior. Las corrientes y tendencias que aparecen son de distinta naturaleza. No hay en la expresión, aisladamente considerada, uniformidad ni rigor de influencias de unos poetas a otros. La personalidad, el sello propio, la naturaleza individual, es una de las más acusadas características del movimiento poético actual. No existen escuelas, ni maestros, ni epígonos. Todos los poetas aparecen en plano de igualdad, con sus personales manifestaciones, libres de ataduras y devociones. Pues ni siquiera las voces disolventes —por lo poderosas— de creadores americanos de gran talla lírica, como Neruda, por ejemplo, tan actual, y de poetas venezolanos de grave significación, han logrado fijar adhesión rigurosa y constante, al punto de que no puede hablarse con razón de influencias verdaderas, externas o internas.

Esta falta de unidad, esta densidad y complejidad de la lírica venezolana, es lo que, a mi juicio, le restituye su dignidad ejemplar y fija sus caracteres de ambiciosa proyección hacia el futuro. Porque sus representantes —máximos y menores— responden a una voluntad nutrida de humanas esperanzas y a un credo estético de aquilatados valores universales.

Hay obras y nombres entre ellos que ya han alcanzado estatura más allá de lo corriente y conquistado, verdaderamente, dimensión continental.

V

Polémica de la actitud.

¿Cuál era la base de esa reacción contra el movimiento lírico anterior que decimos define la actitud de los poetas del 40? Prácticamente la vuelta al sentido clásico del ritmo y la medida, que había sido bruscamente roto, primeramente por la tendencia vanguardista y acentuada después, profundamente, dentro de sus términos especiales, por los poetas "viernistas".

Un ejemplo ilustrativo nos lo da, precisamente, el poeta Juan Beroes, con sus libros de severa arquitectura clásica (de fondo y forma), "Clamor de la Sangre", "Prisión Terrena", "El Libro de los Sonetos", y "Texto de Invocaciones". Juan Beroes, dentro de su riguroso clasicismo, remozca a conciencia los eternos temas de la lírica española del Siglo de Oro, con elegancia y señorío, introduciendo, junto con sus otros compañeros, elementos de acendrada y limpia calidad formal en el cultivo de la nueva poesía. Luis Pastori, Pedro Francisco Lizardo, Monseñor Luis E.

Henríquez, Ana Enriqueta Terán, Tomás Alfaro Calatrava, Aquiles Nazoa y Alarico Gómez aparecieron por entonces, también, como cultivadores del sentido tradicional de la métrica, aunque remozada ésta con la nueva savia que los tiempos traían. Ellos forman una legión de combativa seriedad que no desdén la experiencia de sus antecesores, pero que, a la vez, sobre ella construyen el signo de la renovación, afirmándose en la tradición y la búsqueda de la expresión clásica así como en el valor de las últimas tentativas universales de la lírica. En particular el soneto fue un instrumento de rescate, que se convirtió en insistente y hasta peligroso método. Daba la impresión de que a la retórica desorbitada de los "viernistas" se le quisiera oponer ahora la retórica "renacentista" de la métrica clásica española. En cierto modo —si de comparaciones nos valemos— este intento venezolano de retorno a las fuentes clásicas del verso se asemeja un poco con el movimiento "garcilacista" que por esa misma época comenzaba a florecer en España. Pero es sólo una semejanza, pues, en realidad, no existió jamás ningún vínculo que acercara vitalmente estas dos experiencias.

El nuevo aliento.

Debemos decir, sin embargo, que junto con esa tendencia del retorno métrico, llegaron, también, dos actitudes salvadoras del rigorismo que se anunciaba: un desenfadado aire

de juego o travesura lírica, de aleteante esfuerzo vital a plena luz, bullente, clarificador y pleno de tiernos descubrimientos, y de otra parte, un hondo sentido, real y responsable, de humana experiencia. El hombre, como protagonista, tomaba su sitio elemental entre los versos.

Jerarquía de los nombres.

A ese grupo inicial característico del año 40 en adelante, hay que agregar inmediatamente los nombres de Benito Raúl Losada, Ney Himiob y Guillermo Alfredo Cook, que junto con Pastori y Alfaro Calatrava, constituyeron el grupo universitario de la poesía de entonces. Núcleo que, a pesar de integrarse con la promoción a que pertenece, posee notas particulares (12).

Por allí aparecen, también, las figuras femeninas de Luz Machado de Arnao, Ida Gramcko y Jean Aristeguieta, cuyas trayectorias se definen y maduran en los últimos diez años transcurridos, aportando a la poesía venezolana tres testimonios de indudable calidad creadora.

Asimismo, tres poetas venidos del Estado Guárico, caracterizados por una tónica singular, se insinúan por ese tiempo: J. A. de Armas Chitty, Ernesto Luis Rodríguez y Arístides Parra, que vienen a dejar constancia, con amplia jerarquía lírica, de la validez nativista de la poesía llanera, en libros como: "Candil", "Tiempo del Aroma", "Cantares de Tierra

Llana", "Pasitrote", "Quitapesares", "Trocha" y "Banco de Bruma".

Un poeta genuino, un poco apartado de grupo y de escuelas, pero con amplio sentido de la verdad poética, dentro de un rigor culto y acendrado del verso, terso y armonioso, es Rafael Angel Insausti, cuya voz es ahora, en estos últimos años, cuando venimos a recogerla en todo su exacto y limpio mensaje. Sus recientes poemarios "Aire de Lluvia y Luz" y "Conjuros a la muerte" constituyen testimonio de la más alta jerarquía en la poesía venezolana de este tiempo.

También hay otros poetas por esa época que desde la provincia comienzan a cultivar sus inquietudes líricas: Elisio Jiménez Sierra, con dominio de la métrica y respeto por la tradición poética, asoma con eficaz relieve en el Estado Lara, donde realiza durante algún tiempo una encomiable obra literaria. Igualmente en San Cristóbal, Estado Táchira, se organiza en el año 43 el "Grupo Yunke" que libró una generosa batalla entre las muchas que ha librado la poesía de la provincia venezolana. En ese grupo los nombres de Pedro Pablo Paredes y J. A. Escalona-Escalona adquirieron desde el primer momento notable y efectiva figuración. La labor posterior por ellos desarrollada en Caracas ha robustecido aquella primera, inicial obra que apuntó sus vocaciones en la provincia.

Y así se avanza hasta llegar a los años 45, 46 y 47, que señalan la irrupción de una nueva promoción lírica venezolana. Y ese

grupo de poetas irá creciendo progresivamente hasta las postrimerías del año 50, que puede considerarse, a su vez, como una fecha indicadora de un nuevo brote poético.

En los años señalados aparecen poetas representativos de diversas tendencias, sin llegar a formar, en manera alguna, escuelas o grupos determinados. Eso sí, existe, en forma general, una especie de vuelta a la seriedad de los temas poéticos. La poesía cobra, así el valor de un instrumento del hombre para decir las verdades del hombre. El aliento humano —ya como fruto esencial de su intimidad o como experiencia de carácter colectivo o social y aún como hundimiento telúrico o cósmico— comienza a presidir los poemas de los jóvenes que invaden el mundo de la poesía venezolana. Estos son los poetas que heredan, directamente, de una parte la experiencia sufrida por los integrantes del "Grupo Viernes", y de la otra, el aporte indudable que trajeron las voces aparecidas del 40 en adelante. Ese ha sido, precisamente, una de sus características primordiales. No ha habido por eso, ninguna ruptura fundamental entre las distintas parcialidades que se entrecruzan en los planos de la actualidad poética venezolana, sino al contrario, una especie de integración que, al final, ha venido a resultar sumamente beneficiosa para la obra que todos hacen.

Con un amplio sentido de ubicación debemos señalar estos nombres en los últimos años: Juan Manuel González, que se ha distinguido con extraordinario vigor en sus libros

"Estación de la luz" (1949) y "Los Salmos de la Noche", (1952) singularizándose por un verso de poblada imaginería tropical y por un lenguaje de tonalidad bíblica, cadencioso y rico en expresión metafórica; Lucila Velásquez, ganadora del Premio Municipal de poesía, lo mismo que González, y dueña de una amplia y fuerte categoría lírica que rehuye la espontánea llama del sentimiento romántico por una más densa temática nacional; Pedro Lhaya, autor de dos libros, "Testamento del Corazón" (1950) y "Camino de Sangre" (1955), entrañable mensaje de sinceridad humana que busca el camino de la revelación del ser y el mundo venezolano, con sus complejos signos, misteriosos aún; Carlos Gottberg, afirmado últimamente en dos poemarios de indiscutible calidad, como son "Digo del Otro Arbol" (1951) y "Otra Vez" (1955), testimonios ambos de una personalidad poética de verdadera garra creadora; Rafael Pineda, solicitado por diversas expresiones literarias, pero que en poesía ha dado muestras que lo colocan en puesto de avanzada entre los nombres de la nueva generación; Francisco Salazar Martínez, quien en un volumen publicado con el título de "La Guitarra Ministra" (1954) nos entregó un fresco manojito de amorosos logros, en donde se combina el acierto métrico con la espontaneidad del sentimiento, y cuyas publicaciones en páginas literarias aseguran una nota creadora más densa y universal; Ramón Sosa Montes de Oca, galardonado también, con el Premio Municipal de Poesía y autor de breves poemarios como "La Inútil Locura"

(1946), "Tránsito en Llamas" (1950) y "Paso de Angustia" (1953), que dan relieve a una poesía nutrida en personales y angustiadas instancias que logran un clima de autenticidad creadora; Juan Sánchez Peláez, anuncio de una poesía particular, meditada y sabiamente construida con elementos de contemporáneas vivencias, tal como lo demuestra su único libro publicado hasta la fecha: "Elena y los Elementos" (1950).

Aquiles Monagas, poeta en la actualidad un poco apartado de la acción lírica, pero revelado en años recientes en dos poemarios de excelente calidad como fueron "El Habitante Desterrado" (1950) y "Cantos de Orpheo para una nueva Ofelia" (1951); Alí Lamedá, que ha anunciado un "Canto Monumental a Venezuela", donde pasa revista a la historia de nuestro país, a su geografía, a su folklore y otras manifestaciones de la realidad venezolana, considerado por quienes lo han leído como la obra más vasta hasta ahora concebida y realizada en nuestra poesía en ese terreno; Rafael José Muñoz, una de las personalidades jóvenes más fuertemente dotadas, que ha dado ya muestras del vigor y seriedad de su poesía en diversas publicaciones literarias y en su primer libro "Los Pasos de la Muerte" (1952); Rubenángel Hurtado, fervoroso descubridor de un mundo de limpia intimidad, en donde descansa la gracia de su verso desenvuelto, ágil, plantado sobre la línea clásica de la poesía española, pero atento al esfuerzo contemporáneo de la expresión; y otros como Ofelia Cubillán, nostálgica y tierna voz neo-

rromántica de la poesía femenina de los últimos tiempos, y Ramón González Paredes, estimulado como pocos por sus vocaciones literarias, también incursionando por los campos de la poesía, y Luis Julio Bermúdez, César Lizardo, José Rodríguez U., Ernesto Jerez Valero, Luis Frías, Camilo Balza Donatti, Heriberto Aponte, Juan Sánchez Negrón, Luis Beltrán Mago, Carlos César Rodríguez, y Elio Mujica, ya definidos, con suficiente categoría, para la realización de una obra lírica de consistencia.

Entre los más recientes, que aparecen del 50 para acá, destacan nombres de jóvenes poetas, la mayoría con libros publicados, otros señalados por sus constantes publicaciones en revistas y páginas literarias, como Miguel García Mackle, Juan Calzadilla, Juan Salazar Meneses, Alfredo Silva Estrada, Elizabeth Shon, Félix Guzmán, Enrique Méndez Díaz, Juan Angel Mogollón, Guillermo Sucre Figarella, Ramón Palomares, Roberto Guevara, Velia Bosch, Jesús Rosas Marcano, Efraín Subero, Pedro Duno, José Lira Sosa, Morita Salas, Mario Lope Bello.

En ellos se afirma una espléndida esperanza para la joven poesía venezolana, no tanto por la diversidad de sus tendencias como por la pasión que ellos ponen en el magisterio poético y la seriedad de su compromiso.

Vasto, por eso, el panorama vivo de nuestra lírica. Aquí confluyen voces y acentos de magnífica resonancia. En él se da testimonio de la más variada riqueza de expresión. No hay escuela o tendencia que aglutine o encamine; pero sí existe una bien represen-

tada gama de valores que afirman esa etapa de indiscutible valimiento que se da en el presente y que señalan hermosas posibilidades para su desarrollo inmediato.

He aquí expuesto en grandes rasgos el panorama actual de la poesía venezolana: complejo, fecundo. Los poetas venezolanos de nuestros días, dentro de ese abigarrado marco que acabamos de comentar, se presentan como una sólida legión, de cuyos esfuerzos está saliendo una obra que ha de significar —y que significa ya— una de las más altas y firmes manifestaciones de la cultura literaria del país, en todos los tiempos.

NOTAS

(1) Ha existido alguna confusión por parte de críticos y manualistas en cuanto a la verdadera integración de la llamada "generación del 18". Como grupo fundamental, orgánico, de cohesión íntima, sus integrantes son únicamente los que hemos mencionado. Ellos formaron el núcleo rector de una actividad poética singular. Ahora, alrededor de ellos, por razón de cronología, pero no por afinidad estética, ni mucho menos por adhesión al programa propio que ellos tuvieron, se movieron otros poetas venezolanos —unos, en la misma Caracas, otros en el interior del país— que, ciertamente, alcanzan suficiente significación como para ser recordados en una revisión histórica de nuestra poesía, aun cuando sus obras respondan, en ciertos casos, a muy personales valores, que contrastan, a veces, con los que pusieron en su orden creador aquellos que movilizaron la acción grupal de la generación. Tales, por ejemplo, Vicente Fuentes, de escasa obra, fallecido recientemente, Samuel Barreto Peña, Pedro Rivero, Jorge Schmidke, Rafael Yépez Trujillo. Un poco anterior a la generación del 18, pero con una dignidad lírica y un fervor poético admirables, hay que colocar con toda justicia la obra realizada por Don Luis Yépez, ejemplo de constancia y de trabajo feliz en el campo de las letras venezolanas, para quien la poesía es función de lenguaje perfecto y vital.

(2) En el presente trabajo sólo nos hemos detenido a informar acerca de la obra de los poetas, quienes fueron, en realidad, los que dieron contorno generacional a su labor. Por eso, cuando se habla de "generación del 18" se entiende que se hace referencia a los poetas de ese tiempo. Sin embargo, desde el punto de vista cronológico, pueden ser asimilados al núcleo poético, autores de muy diversa y valiosa obra en el campo del

ensayo, de la historia, de la novela y del cuento venezolano. Igual advertencia cabe cuando nos referimos a la promoción del 28 o el 30, cuya mayor importancia quizás deba ser puesta de relieve en el ámbito de la cuentística y novelística patria. Aquellos que recibieron su bautismo literario en la Revista "Elite" de los primeros tiempos, integraron un grupo de vasta significación en las letras venezolanas, que aún demuestra una vitalidad creadora verdaderamente excepcional.

(3) El Modernismo fué más bien función específica de la prosa venezolana por esos tiempos. Grandes escritores de nuestro país, entre ellos el estilista Manuel Díaz Rodríguez, lo impusieron con énfasis y vigor en sus obras. Quizás en poesía el ejemplo más a mano sea el de Rufino Blanco Fombona, autor de unos poemas en donde se percibe la huella viva del modernismo, que venía a ser, también, transplante de su labor en prosa, aunque en sus versos palpita en otra dirección un aliento nativo, de gran fervor terrígeno. Otro nombre de indudable validez, dentro de esa misma perspectiva, lo es Alfredo Arvelo Larriva, a quien aludimos igualmente en esta revisión.

(4) Cercano a la inquietud del grupo fundamental del 18 es justicia señalar el fervor y la creación poética de Gonzalo Carnevali, quien ha sido, en todo tiempo, uno de los más fieles representantes del aliento juvenil que vivió la lírica venezolana en aquel tiempo. Aun en nuestros días no se ha apagado en él la llama de la creación y tenemos noticias de que posee inédito varios libros de gran valor. Otro poeta de gran jerarquía para la revisión que hacemos es Humberto Tejera, sobria palabra de entrañada virtud lírica, quien aunque ha cumplido casi toda su parábola creadora en México, está ligado directa y fundamentalmente con la poesía venezolana.

(5) El valor y la función del vanguardismo en Venezuela es cosa que aún está por estudiarse a fondo. Afortunadamente sabemos que alrededor del tema está trabajando con segura constancia Humberto Cuenca, crítico de despierta pupila, que ha venido a integrarse felizmente, de nuevo, al activo laborar literario con su libro "Biografía del Paisaje". La corriente del "vanguardismo" aportó una conmoción saludable a la poesía venezolana que va del 18 al 30. Ruptura métrica, desenfado lírico, audacia expresiva, nueva temática, incorporación de elementos aparentemente extrapoéticos al verso y vitalidad de la imagen, son, entre otras, características de esa realidad. Con toda seguridad puede afirmarse que después que hace irrupción ese movimiento entre nosotros, ha sido imposible, en general, escribir "a la manera" de antes. El "vanguardismo", en tal sentido, significó un paso de avance extraordinario que se entronca, de una parte, con la gente del 18 y de la otra con lo que, desde un punto de vista distinto, van a iniciar los poetas del Grupo Viernes. He ahí, clarísimo para mí, el pulso subterráneo, el hilo vital, que une a las aparentemente distanciadas corrientes líricas que intentamos estudiar. O como expresa Humberto Cuenca: "el eslabón perdido" entre la generación del 18 y Viernes, que va a cobrar vigencia con las nuevas promociones venezolanas más tarde. "Aspero", de Antonio Arráiz, publicado en el año 1924, es hito fundamental en este punto. Por eso, la necesidad urgente de formular el juicio definitivo sobre el "vanguardismo" y de señalar sus alcances. Con sobrada razón, que se acomoda perfectamente a lo que dejamos dicho, ha escrito nuestro compañero Oscar Sambrano Urdaneta en un reciente juicio poético: "Liquidado el movimiento modernista —acontecimiento que en Venezuela coincidió por casualidad con la desaparición de la revista "El Cojo Ilustrado"—, surgió en los anales de nuestra literatura un grupo de escritores que se acostumbra denominar la "Generación del 18"; grupo que sin lugar a dudas,

y por la variedad y cantidad de sus componentes, constituye uno de los hitos fundamentales en nuestro devenir literario. Algunos de los poetas de aquella generación escribieron una poesía de tránsito entre el modernismo crepuscular y una nueva corriente, el vanguardismo”.

(6) Fuera de la patria, uno en Chile y otro en México, pueden ser incorporados a la “generación del 18”, desde un estricto punto de vista cronológico, los poetas Félix Armando Núñez y Humberto Tejera, estimables voces de nuestra poesía.

(7) Entre los poetas del grupo “Viernes” desaparecidos, ha de destacarse en primer plano, necesariamente, el nombre de Angel Miguel Queremel, animador excepcional de su promoción, quien al regresar de su larga permanencia en España trajo a Venezuela el mensaje novedoso que por entonces orientaba la lírica de los poetas peninsulares. Especialmente Lorca y Alberti fueron autores de grata y continuada difusión por Queremel, quien supo, sin embargo, dar una nota personal y audaz en su propia poesía.

(8) Poeta de gran aliento, de temática profunda, la muerte de Luis Fernando Alvarez no impide que su voz pueda recogerse con dimensión altiva en el coro de la poesía contemporánea.

(9) También deben colocarse como de la misma promoción a Aquiles Certad, quien derivó posteriormente hacia el cultivo del género teatral con gran fervor, pero que ha vuelto últimamente a la expresión poética con un libro de publicación reciente en Argentina; y a Luis José García, quien ha callado en los últimos años, mas cuya fidelidad personal a la poesía es indiscutible.

(10) Hay un poeta venezolano que aparece por los alrededores del 36 —venía del 30— con uno de los más hermosos y estremecidos mensajes limpiamente líricos que se han dado en nuestro país. Tal fué Israel Peña. Su anuncio, contenido en el libro "Vísperas" (1933), hizo alimentar fundadas esperanzas en su obra futura. Dueño de una sensibilidad exquisita, poseedor de una aquilatada cultura artística y literaria, otras manifestaciones, principalmente la música, han detenido hasta ahora la fina obra poética que Israel Peña puede dar. Pero no tiene nada de raro que sorprendiera uno de estos días con la publicación del libro esperado.

(11) "Viernes", que fué un movimiento estrictamente poético, contó, sin embargo, con adherentes intelectuales de varia vocación. Interesante es anotar, al respecto, que reiteradamente se ha considerado a Fernando Cabrices como el crítico del grupo, por los trabajos que publicó acerca de la función lírica de "Viernes". En este sentido Cabrices tiene una labor de meritoria difusión de la doctrina y de la obra de los "viernistas". Mas, también es cierto, que muchos de los propios poetas se acercaron al deslinde doctrinario y crítico de su labor. Que recordemos en este punto: José Ramón Heredia, Vicente Gerbasi, Pascual Venegas Filardo y Oscar Rojas Jiménez. El filólogo y crítico Ulrich Leo, actualmente en Canadá, se ha considerado, de la misma manera participante en las inquietudes del grupo.

(12) Con propiedad o sin ella —no nos parece necesario dilucidar el punto por ahora— se habla de una promoción de poetas universitarios. Estaría integrada ésta por Tomás Alfaro Calatrava, Luis Pastori, Benito Raúl Losada, Ney Himiob, Guillermo Alfredo Cook, Rafael Clemente Arráiz, Rafael Brunicardi hijo, Aquiles Monagas, José Carrillo Moreno, Ramón González Paredes y Pedro

Pérez Perazzo. Tales poetas irrumpen con vigor extraordinario desde 1942 en adelante. Venían con el ánimo firme de hacer "poesía universitaria", buscando la realidad formal, y oponiéndose, como es natural, a las manifestaciones de "Viernes", todavía dominantes en el campo de la lírica venezolana. Era un nuevo impulso y una nueva intención, que vino a darse la mano exactamente con lo que, fuera de la Universidad, hacía el grupo "Suma" —de precaria vida como grupo— en manos de Juan Liscano, Juan Beroes, el padre Luis E. Henríquez e Ida Gramcko, entre otros. En el año 1947, como testimonio de esa promoción que decimos, Guillermo Alfredo Cook, uno de los que la integraba, publicó su "Breve Antología de Poetas Universitarios", en la que se recogen todos los poetas mencionados.